

Reconversiones de otro tiempo: la ‘vernacularización’ de los Altos Hornos de Corral¹

Juan Carlos Skewes²

Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile

1. INTRODUCCIÓN

Un proyecto modernizador generado desde el Estado anuncia prosperidades, al tiempo que abandona las venturas que en el pasado fueron igualmente auspiciosas. Es el caso de la industria siderúrgica que, como promesa de desarrollo nacional y con el aval público, abandonó su asiento en Corral, para instalarse en Huachipato en 1950. En este artículo revisamos el destino de la tierra abandonada en el transcurso de este proceso, explorando el intrincado tejido social urdido entre el mundo urbano industrial y su entorno rural y recolector. Nos interiorizamos en lo que hoy llamaríamos la reconversión de los trabajadores de los Altos Hornos de Corral (AHC); la de quienes permanecieron y transformaron un espacio que en un principio les fuera ajeno, y de aquellos y aquellas que fueron transformados por el medio que el sueño industrial pretendió colonizar.

Nuestra hipótesis sugiere que los mundos culturalmente diferenciados que se ponen en contacto a través de los proyectos modernizadores buscan permanente e infructuosamente domesticarse recíprocamente. Se trata de encuentros que provocan desencuentros: las culturas en contacto solo cambian para preservar sus diferencias. Identificamos dos procesos desprendidos de la experiencia industrial en un medio rural: de una parte, la emergencia de un núcleo cívico urbano, cuyo papel es civilizatorio y que propende a la acomodación de las poblaciones locales al proyecto modernizador; de la otra, la perseverancia de un sector rural

¹ Este trabajo ha sido posible gracias al financiamiento de la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad Austral de Chile, Proyecto PEF-98-02.

² En la recolección de la información fue importantísima la colaboración de mi ayudante Mery Rodríguez; de las alumnas Verónica Barrientos y Jimena Pino y del alumno Raúl Ortiz, de quienes estoy profundamente agradecido. Lo mismo de mi colega, Debbie Guerra, quien me apoyó en la revisión de fuentes secundarias.

que no solo no se somete al influjo industrial, sino que, además, se vale del mismo para profundizar en sus prácticas recolectoras. El proyecto industrial nos enfrenta a una gesta civilizadora pero, a la vez, a su propia 'vernacularización' y al remodelaje permanente de poblaciones que escapan al verbo modernizador. Subyace a esta mirada la presunción de que, en un contexto globalizador, las fronteras entre las culturas cosmopolitas y las culturas locales, más que diluirse, se redefinen.

1.1 Antecedentes

La frustrada instalación de una empresa siderúrgica, a comienzos de siglo, constituye una importante pista para que la naciente Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) decidiera, en 1938 y con miras a contribuir al desarrollo nacional, su reapertura. A comienzos de siglo, en una compleja operación en la que se conjugaban los intereses de una empresa francesa, la Casa Muller, y los del Estado chileno para inaugurar la primera industria acerera en Sudamérica, se inició la explotación de los minerales de El Tofo y su procesamiento en Corral (Almonacid 1998 [1995]:57). Para ello se había creado, el 5 de enero de 1906, la sociedad "Haut Fourneaux, Forges et Acieres du Chili" (Millán 1999:33-65; Almonacid 1998). La decisión se tomó en el contexto de una apuesta por el desarrollo nacional, y su novedad radicaba en la utilización del carbón vegetal para la fundición del hierro. El país generó insumos para su incipiente desarrollo industrial sacando partido de sus ventajas comparativas, representadas por el bosque, los cursos fluviales y el tráfico marítimo. Al mismo tiempo, se abrieron posibilidades para invertir los excedentes que la gran industria del salitre generaba. En ese entonces, el puerto de Corral se constituyó en un centro neurálgico para el movimiento de bienes. La aventura en Corral no resultó exitosa; dejó de explotarse en 1926, año en que su propiedad se transfirió a la Compañía Electro-Siderúrgica e Industrial de Valdivia (Esval), quedando abierta la posibilidad para que el Estado chileno pudiera reiniciar la explotación de la usina en 1938.

La instalación de los Altos Hornos de Corral en un sector de esmirriada población rural supuso una completa reorganización territorial. Esta incluyó no solo el influjo migratorio de obreros, técnicos y empleados, sino, además, una reorientación de la vocación productiva local (Subiabre, Varela y Gómez 1977). La generación de insumos para la planta, el transporte de sus productos, el mantenimiento de su personal, representan aspectos importantes en la transformación del medio en que se inscribió este proyecto industrial. Más todavía si se

considera que la actividad siderúrgica se combinaba con la vida portuaria y otras actividades industriales, marítimas y de servicios, que terminaron dando a Corral la típica fisonomía de una pequeña ciudad industrial: a la usina se sumaron la empresa portuaria, plantas conserveras, la industria ballenera de San Carlos y el Hotel Schuster en la localidad de Amargos (Núñez 1993).

El colapso de este sueño industrial se produjo en una quincena de años. A comienzos de los cincuenta resultaba evidente lo onerosa que se había tornado la producción acerera en Corral, lo que llevó, en 1950, a la creación de Huachipato como el centro de la producción de hierro (Almonacid 1998; Echenique y Rodríguez 1990). El cierre de la usina, la reorientación de la economía chilena, la declinación del transporte marítimo, además del maremoto de 1960 son, entre otras, las razones que explican el colapso. El brusco descenso de población y el despliegue de estrategias productivas en la explotación de recursos del mar y en la agricultura de subsistencia, precedieron la puesta en marcha de una economía de exportación que aún no ha satisfecho las expectativas de la población local. El sueño del puerto conserva su vigencia en el imaginario local (Skewes 1999).

1.2 Una zona de contacto

El auge y la decadencia del industrialismo en la región no se dieron a espaldas de los procesos locales. En la intimidad de estas relaciones es posible descifrar la compleja relación que une las culturas que la expansión capitalista, en el contexto de un estado de compromiso, ha puesto en contacto: la una fabril, ligada al disciplinamiento de la fuerza de trabajo y a la racionalización de la actividad productiva; la otra de subsistencia, propia de campesinos y pescadores (Thompson 1967). En este sentido, conviene definir el área de nuestro estudio como un escenario de encuentro de culturas, o zona de contacto (Pratt 1992).

Para comprender los procesos ocurridos en la zona no basta, empero, con considerar el trasfondo estructural que les sirve de contexto, esto es, las grandes inversiones y la intervención estatal, las que tienen lo que Eric Wolf (1990) define como poder estructurante. Este poder estructurante no opera en el vacío, sino en un escenario cultural habitado por una pluralidad de actores. La imagen de un modelo industrial impuesto desde el Estado e inspirado en una racionalidad modernizante es parcial. La implantación de este modelo, tal cual lo sugiere la literatura, compite con otras culturas laborales, con otras formas de vida, las que muchas veces se consideran inhibitorias del progreso (Gutman 1988). La revolución industrial misma fue testigo de los procesos de resistencia desencadenados a partir de una economía

moral amenazada por los efectos de desarraigo que supuso la implantación de un modo de producción capitalista (Grint 1991:54). Más aún, el modelo fabril exigió la imposición de una cultura que lo posibilitara en términos de una práctica de vida. Como lo sugiere E. P. Thompson (1967), la transición hacia una sociedad industrial supone una reestructuración completa de los hábitos laborales: nuevas disciplinas, nuevos incentivos y una nueva naturaleza humana en la que tales incentivos cobren sentido. Corresponde, además, indagar acerca de los procesos sociales que permiten decantar estas nuevas disciplinas de vida, las formas como son asumidas y reproducidas por la clase obrera. No se puede, en este sentido, disociar los procesos productivos de los reproductivos que, en buena parte, los sostienen (Grint 1991:55).

Los modos de producción y procesos locales no son neutros en los desarrollos modernizantes. En los albores mismos de la revolución industrial, la producción descentralizada en Yorkshire constituyó un estímulo para el proceso que se precipitaba, aun cuando en fases posteriores se tornaría en obstáculo para dicha revolución (Hobsbawm 1969:65). Wolf (1982) sugiere que la expansión de occidente se apoya en rutas ya establecidas en América, África y el Oriente. La formación de la clase obrera en los Estados Unidos de América no puede entenderse en ausencia del influjo de migrantes, campesinos, artesanos y jornaleros que aportaban formas de trabajo y otros hábitos y valores no asociados a las necesidades industriales ni al ethos industrial (Gutman 1988). Y la expansión de los modos de producción basados en la recolección en las regiones árticas de América solo se vuelven comprensibles con la utilización que las comunidades locales hacen de los recursos disponibles en el entorno económico mundial (Sahlins 1999).

En el contexto latinoamericano actual, la implantación de un régimen impone a millones de personas el desplazamiento desde sus empleos tradicionales. Los procesos de reconversión, se sugiere, llevan consigo una alta dosis de desarraigo cultural. Desde el punto de vista de la mentalidad moderna, se busca transformar en eficientes a quienes, desde la perspectiva oficial, no lo son (Gómez de Benito 1994). La expansión capitalista, en este sentido, acarrea consigo inseguridad, pobreza y aflicción a las clases populares. Sin embargo, no cabe concebir como pura anomia lo que en este contexto ocurre (Gutman 1988:136). Las clases populares son capaces de redefinirse, fortalecer ciertos vínculos y generar proyectos propios (Salazar y Pinto 1999:122 y ss.). Poco es lo que se sabe de los ahora llamados procesos de reconversión ocurridos en el pasado. En este sentido, no corresponde asumir que las culturas se abandonen

a las fuerzas ingobernables del mercado; más pareciera que trataran de sortear los escollos a que se enfrentan a objeto de perseverar en sus identidades (Boccaro 2000). De ello se desprende la necesidad de estudiar las asociaciones que se producen entre las grandes iniciativas de desarrollo y los procesos locales en los territorios en que ellas operan. La tarea, tal como la entendemos, consiste en desentrañar aquellas relaciones intersticiales que van remodelando los paisajes locales a la vez que redefiniendo las diferencias entre quienes participan de dichos paisajes.

1.3 Metodología

Para la realización de este estudio nos propusimos indagar acerca de las respuestas adaptativas desplegadas por los obreros y empleados que, al momento del cierre de la faena, decidieron permanecer en la zona. Estimamos que el número de supervivientes de la empresa residentes en la comuna no sobrepasa los cincuenta. De ellos, entre agosto de 2000 y marzo de 2001, hemos entrevistado a 23, cuya edad promedio aproximada es de 73 años. Prestamos atención tanto a su lugar en la empresa como a su género y residencia actual, dimensiones que, como veremos, son cruciales para entender tanto el impacto que la organización de la empresa llega a tener en los actuales residentes de la comuna como las implicancias que sus vinculaciones específicas con la zona tienen.

Las entrevistas fueron realizadas en las residencias o lugares actuales de trabajo de los entrevistados, ciñéndose a una pauta general que orientaba las conversaciones hacia los procesos personales vividos a partir del cierre. La información recogida a través de los relatos fue complementada con la revisión del ya desaparecido periódico *El Correo de Valdivia*, cuyas informaciones permiten profundizar las referencias aportadas por los entrevistados y entrevistadas. Del mismo modo, los testimonios de cuatro informantes, por sus vivencias de época, han sido empleados en la presentación de los resultados. Finalmente se consideró la opinión de residentes actuales (entre ellos, dos concejales y un profesor).

Para realizar las entrevistas contamos con la autorización de los entrevistados. También obtuvimos de ellos el permiso para registrar las conversaciones (a través de notas, en algunos casos, y por medio de grabaciones, en otros) y para usar los nombres personales en las citas. Nuestros interlocutores se mostraron especialmente motivados por nuestra preocupación acerca de los Altos Hornos. Sin embargo, su inclinación más inmediata fue a recordar los tiempos de la empresa más que lo ocurrido al cierre.

2. PROFETAS DE LA CIVILIZACIÓN

“Aquí en Valdivia”, recuerda don Sergio Campos, “se seguía este ritmo”. Tararea un monótono vals. “Y llegamos nosotros con esto otro”. Palmotea sobre sus rodillas, incorporando ritmos caribeños a nuestra conversación. “Los volvió locos el nuevo ritmo. Nosotros traíamos la novedad. Teníamos la única guitarra eléctrica entre Concepción y Punta Arenas, y la gente la venía a mirar. Nos muestra una carta de un admirador suyo de Calbuco en la que lo único que pide es que lleve su guitarra eléctrica para que sus coterráneos “puedan ver este milagro con sus propios ojos”. “Los chilotes no creían que una guitarra fuera eléctrica”, agrega don Sergio. Llegábamos antes con la música que después venía desde Santiago. Claro que teníamos un secreto. Los sábados escuchábamos en onda corta la radio Belgrano de Buenos Aires, ‘Bailables Chicolatines Águila’ se llamaba el programa”. Don Sergio habla de los Ases del Ritmo, la banda de la cual era integrante, y que animó cuanto beneficio hubo en los cincuenta.

Sentado en la sala de su hogar, el que otrora fuera el casino de empleados de la usina, don Sergio nos introduce en el mundo de la industria. El living es acogedor, los muebles de mimbre se hacen acompañar de cuadros y diplomas que hablan del reconocimiento institucional recibido por don Sergio, Comandante y Superintendente del Cuerpo de Bomberos de Corral.

Don Sergio es uno de aquellos herederos de la experiencia industrial tornados en profetas de un credo civilizatorio, profetas que, inspirados en el industrialismo, organizaron el mundo en su derredor. Y con ellos, los técnicos que fueron moldeando el entorno urbano. Don Jacinto Burgos, el más antiguo de nuestros interlocutores, llegó en 1926, trayendo consigo las señales del progreso. “Yo estuve dando la luz aquí primero donde Corso y después de cinco años que estuve aquí dando luz para el pueblo, el señor Corso vendió la planta a la firma que venía y se hicieron dueño de todo el pueblo. Me pasé al tiro para los Altos Hornos”.

El credo civilizatorio de hombres como Sergio Campos y Francisco Stamp, ex alcalde y regidor (ver más adelante) se encarnó en una superestructura urbana que vinculó a Corral con su entorno regional global. Con orgullo dicen nuestros entrevistados que tres presidentes de la República pisaron suelo corraleño, orgullo de la industria nacional. No en vano *El Correo de Valdivia* se refiere a los AHC como “el crisol donde se fundió el actual potencial siderúrgico de Chile” (16 de agosto de 1963:9).

Las organizaciones del mundo civil —como los clubes deportivos, el Cuerpo de Bomberos, la Cruz Roja y la Cámara de Comercio— constituyeron el legado de aquellos que, al cierre de la

faena, se quedaron en Corral; los mismos que, en sus mejores momentos, pudieron colocar boxeadores en la arena del Teatro Caupolicán en Santiago para disputar títulos sudamericanos, o traer a clubes profesionales, como la Unión Española, a Corral, y que luego se llevaron a las mejores estrellas a jugar en sus filas (Núñez 1993:44-45). El boxeo fue el deporte que dio mayores satisfacciones, al aportar campeones y vicecampeones de Chile. Boxeadores como Chateau y Araneda surgieron de los clubes locales. El boxeo evocaba los valores centrales del mundo industrial (fuerza, valentía, arrojo personal) pero fue el fútbol el deporte que dio expresión a la vida colectiva de la comunidad corraleña.

Se trata de profetas formados en la práctica industrial a la que, en muchos casos, se integraron vía relaciones familiares.³ Entre los oficios industriales, además de los grueros, se contaban los matasapos (el oficio de más baja calificación), fogoneros, electricistas, pulperos, contadores, empleados de administración, costureras de saco, mecánicos, jornaleros, carretilleros y serenos, distribuidos en las distintas secciones de la industria: acerería, fundición, maestranza, aglomeración, laminación, central de fuerza, sala de máquinas, administración y altos hornos.

“Cuando uno se encuentra con los de los Altos Hornos es como encontrarse con la familia”, comenta uno de nuestros interlocutores. La empresa era una gran familia y, aunque la inexorable racionalidad tayloriana se hacía presente, semejante racionalidad no era sino una de las fuentes de inspiración de un sistema enérgico, pero protector. Don Pascual Antillanca recuerda que “los trabajadores se tenían que cuidar. El portero les tomaba el olor y si los pillaba con olor [a trago], los echaba”. La empresa combinaba el disciplinamiento de sus trabajadores con concesiones dadivosas. “Se comían corderos para Pascua y Año Nuevo, hasta a los hijos de los trabajadores les hacían regalitos como bicicletas y balones de fútbol”, recuerda don Haroldo Barrientos. Don Juan Contreras asegura que no había huelgas, “no había nada, eran puras conversas sin esfuerzo, más bien dicho. Aquí la gente era muy unida. Si a alguien le pasaba una cosa, todos lo apoyaban”.

En esta línea, *El Correo de Valdivia*, el 12 de febrero de 1952, informaba que para la reorganización de la planta “se contó con la amplia colaboración de todo el personal de empleados y obreros que directa o indirectamente colaboraron en la marcha de la Usina. Es

³ En adelante, atendiendo a mis interlocutores, distinguiré entre la planta como el entorno fabril donde se funde y procesa el hierro, y las faenas, que corresponden a los sitios donde se obtiene la leña y el carbón que hacen posible la fundición. La planta se ubica en La Aguada, sector aledaño a Corral, y las faenas principales en Quitaluto y Cadillal.

así —concluye la nota— como durante 1951 no se tuvo ningún conflicto colectivo, y todas las aspiraciones económicas y sociales del personal [...] fueron resueltas mediante convenios directos con los diversos sindicatos” (p. 69). En un contexto de Estado empresarial, la disciplina laboral se negociaba políticamente. Según don Francisco Stamp, el gobierno de Gabriel González Videla entregó la administración de los Altos Hornos al Partido Socialista. Tras el quiebre con los comunistas, estos se volvieron contra González Videla, y comenzaron a poner dificultades a esa administración, aunque no se registraron conflictos de proporciones.

La relación entre sindicato, gerencia y parlamentarios se fundó en la protección de la fuente laboral más que en otra cosa. A don Juan Oyarzo, como presidente del Sindicato de Quitaluto, le tocó viajar a Santiago cuando se supo del cierre de la faena. “Pensábamos nosotros que podríamos haber hecho algo en favor de la faena, pero no, porque la compañía [Compañía de Aceros del Pacífico] ya había pedido los permisos correspondientes al Ministerio de Economía y al del Trabajo y al Ministro de Hacienda... parece que tres ministerios participaron en eso. Cuando íbamos allá, ya estábamos cocinados”.

Para acceder a las altas esferas era precisa la intermediación de los parlamentarios. Así lo describe don Juan Oyarzo: “Para la audiencia para ir a la Corporación de Fomento, a los ministerios había que ser acompañado por los parlamentarios. Así de buenas a primeras no nos recibían... Al primer parlamentario que pillábamos no más de la provincia nos acompañaba. Incluso Eduardo Cruz Coke nos acompañó en una oportunidad también, y no tenía nada que ver él; yo creo que ni conocía esto, pero como parlamentario nos acompañó. Eso fue ya el año 1954”.

La presencia obrera dio a Corral el carácter de comuna de izquierda. Don Francisco Stamp, ex presidente y secretario del sindicato (1948-1949) y militante socialista, fue electo tres veces alcalde de la comuna, sirviendo veintiséis años en ese cargo y como regidor. En su período logró consolidar importantes avances en Corral. Creó la biblioteca, el gimnasio y el liceo, todos emblemáticos del proyecto civilizador que él mismo encarnaba.

La empresa contribuyó con la formación de capacidades que sirvieron a los fines comunales. Don Sergio Campos, por ejemplo, habiendo aprendido a escribir a máquina en la empresa y tras haber llevado los inventarios con que —entre junio y noviembre de 1958— se cerró la empresa, pudo confeccionar la lista completa de los damnificados del maremoto, la única relación íntegra de muertos y desaparecidos de Corral.

La empresa siderúrgica, empero, no penetró de modo uniforme en la región, lo que le permitió articular un mundo social que no siempre se condecía con la racionalidad industrial. En Corral no se encontraron un ejército industrial y otro de reserva, sino más bien colonos de la modernidad e hijos e hijas obstinados de la ruralidad. No se transformaron los unos en los otros, sino más bien se relacionaron a través de sus quehaceres en la planta y en las faenas.

Don Sergio Campos piensa que los AHC hicieron escuela, que formaron a la gente. “Los AHC fueron una escuela para el trabajador”. “Yo ahí aprendí todo lo que sé”, señala don Julio Contreras. “Yo en las pulperías aprendí el comercio [...] todos mis hijos son comerciantes”. Los métodos de control eran rígidos, era una buena escuela”. Métodos que, no obstante, se circunscribían a la usina. “Teniendo buena conducta adentro no les importaba lo que pasaba afuera”, afirma doña Norma González, explicando la profusión de cabarets y bares en el medio corraleño.

Era una escuela que encontraba en el deporte su mejor aliado para vincularse con el ámbito local, integración que se moldeaba al abrigo de la estructura de clases que dominaba la faena. En 1915 se fundó el Club Deportivo *Estrella de Mar* y, en 1917, el Arturo Prat que, en 1929, pasaría a llamarse *Gente de Mar* (Núñez 1993:43). En el *Gente de Mar* jugaban “todos los que trabajaban como estibadores [...] El *Estrella de Mar* era el equipo de los que trabajaban los Altos Hornos”, recuerda don Pascual Antillanca. “Había una división entre los clubes y de Corral Alto con Corral Bajo. *Gente de Mar* pertenecía a todo lo que es Corral Bajo, Amargos y San Carlos, y el Porvenir [el tercero de los cuatro equipos tradicionales] pertenecía a la parte alta de Corral, la parte de los cerros, la parte de Los Boldos”, afirma don Pascual Antillanca. El cuarto equipo era el *Lord Cochrane*.

Las rivalidades se expresaban entre *Estrella de Mar* y *Gente de Mar*, equipos exponentes de las culturas que se ponían en contacto a través del proyecto industrial. “A nosotros nos decían los pitucos, porque éramos un equipo que estaba equipadito, completamente uniformado. Nadie se ponía una media de otro color, tal como juegan los profesionales”, dice don Pascual. Y sigue: “*Gente de Mar* no [era disciplinado], tenía otro sistema. Ellos gritaban: ‘¡*Gente de Mar* a ganar y después a tomar! Y después que ganaban gritaban: ‘*Gente de Mar* a tomar, *Gente de Mar* a tomar’”.

Las compañías de bomberos reforzaban la estructura social asociada al deporte y al lugar que los AHC ocupaban en la comunidad. “La Primera [correspondiente a Corral Alto] pertenecía a los de la empresa. Todos los beneficios que hacía eran para los *Estrellas de Mar*, las comidas

y los bailes grandes se hacían en la Primera Compañía; la Segunda Compañía [correspondiente a Corral Bajo] hacía los beneficios de *Gente de Mar*, y en la Tercera [correspondiente a Bahía] lo hacían tanto los del *Lord* como los del Porvenir. Había una división entre las compañías y entre los clubes”, señala don Pascual Antillanca.

El sindicato cumplió también su parte en la educación de la comunidad. Don Pascual Antillanca reconoce que con los Altos Hornos “conocí mi progreso, conocí la plata. Después Francisco Stamp, que fue presidente del sindicato, llegó con la idea de que los adultos podían estudiar y ahí comenzamos a estudiar de nuevo. En el sindicato empezaron a enseñar a los adultos. Me acuerdo que había como trescientos o más inscritos, terminamos diez. Nos enseñaban a escribir y a leer, porque en ese tiempo, como le digo, toda la gente era analfabeta. Aquí en Chaihuín el único que aprendió a leer un poquito fue mi papá. En Corral aprendí más y a medida que uno sabía, más le iban dando otro tipo de tareas”. Con la misma energía el sindicato apoyaba a la Escuela nº 21 de La Aguada. Ejemplo de ello es la donación de una máquina de coser, marca Grant, que hizo al establecimiento educacional en 1956 (*El Correo de Valdivia*, 6 de noviembre de 1956:7).

Las mujeres no escaparon a las divisorias sociales, y aun cuando se organizaron y protestaron contra el consumo inmoderado de alcohol de sus maridos, sus filas estaban divididas en términos de clase y origen. Las cuestiones de género no pueden analizarse con prescindencia de consideraciones acerca de la clase y las calificaciones laborales. Tampoco puede abstraerse el hecho de haber sido la siderurgia una actividad eminentemente masculina, lo que lleva a oscurecer —aun en el relato de nuestros interlocutores— el papel de las mujeres en la estructuración de este mundo industrial. Si bien es cierto que la masa laboral de la empresa era masculina, las mujeres jugaban papeles clave tanto en la vida de la industria como en su entorno.

“Había mujeres que trabajaban en pulperías y otras en oficinas, que eran contadoras. Yo conocí a una Fisher. Había varias alemanas trabajando, gente de bien, gente de mucha cultura, para llevar la cuenta de tanto obrero [...] Había como veinte mujeres trabajando en las pulperías. Donde más se trabajaba con mujeres era en ventas afuera y para la ropa: había que ponerles precio, llegaban cambios, había que zurcir”, cuenta doña Norma González. De fuera llegaban quienes desempeñarían tareas administrativas, tanto de secretaría como de contabilidad y de atención de las pulperías. Sus vidas estaban inevitablemente ligadas al medio urbano del que provenían y no tardaron en marcharse cuando cesó la faena.

No sucedió lo mismo a aquellas mujeres corraleñas que encontraron empleo en la costura de los miles de sacos que demandaba el acarreo del carbón. “Eran costureras de saco, ganaban buen billete, sí; la pega era sucia, sí. Los sacos con carbón, esos había que zurcirlos, ponerles parche y había ocho señoras, señoritas; era sucio el trabajo, pero ganaban plata, y como había baños, se iban a bañar”, cuenta don Jovino Contreras. Sus colegas las recuerdan por la inconfundible traza de su oficio: caras y cuerpos manchados por la negrura del carbón. Son en estas obreras en quienes se expresa con mayor dramatismo el sometimiento del mundo local frente a la expansión civilizatoria. Don Guillermo González menciona que en Quitaluto también “trabajaban mujeres jóvenes que se dedicaban a la plantación de pino para los Altos Hornos. Ellas eran hijas de los trabajadores”.

Otro frente femenino era el de los servicios, la oferta de hospedaje y alimento a los obreros. “Faltaban lugares para hospedaje, cualquier casa servía. Yo fui pensionista en casa de una señora que cocinaba todo el tiempo”, cuenta don Sergio Campos, al tiempo que recuerda cómo se preparaba para comer esas enormes tortillas que solo día por medio se podían comer calientes. Estas eran fuentes importantes de empleo femenino. “Señoras preocupadas haciéndole la comida a los obreros [...] Había unas casas que tenían cuatro viviendas, unas inmensas casas de largas que hacían, como convertidas, para trabajadores, y ahí hacían su comida las señoras y ahí ya salían a almorzar, y las señoras que hacían comida, a esas las mandaban para La Aguada, para dentro, para la fábrica”, recuerda doña Pradelia.

Menos atención recibían las mujeres foráneas asiladas en los tres prostíbulos que animaron las noches del puerto: la Lucha, la Elba y la Trini (?). “Uno nota que un pueblo va a superarse cuando llega un prostíbulo”, asegura uno de nuestros entrevistados. “En Corral había casas de señoritas. Ahí estaba la casa de la tía Lucha [...] pero habían más, clandestinas. Si imagínese, si en la pura empresa había más de cinco mil personas y casi todos hombres, imagínese la gente de mar”. Don Haroldo Barrientos recuerda el cabaret de la señora Lucha. “Había gente que se tomaba todo y se gastaban la plata en el cabaret”. “Un porcentaje apreciable de estas niñas se enamoraron, se casaron y se avecindaron por acá”, asegura uno de nuestros interlocutores.

Las mujeres no se quedaron atrás en el proceso civilizador. Aunque en forma imprecisa, los testimonios dan cuenta de las “Menches” [del MEMCh, Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chilena], las mujeres organizadas cuyo vínculo con el Partido Comunista, según don Francisco Stamp, explicaría su temprana extinción. Don Juan Oyarzo, presidente del sindicato

de Quitaluto y socialista de militancia, cuenta que bajo el gobierno de Gabriel González Videla, en plena persecución, fue una dirigente, doña Hilda Barrientos, la primera deportada de Corral junto a ocho o diez militantes comunistas.***

Don Guillermo González recuerda que se declaró zona seca “debido a una alianza de mujeres que se oponía al trago, porque sus maridos bajaban desde la faena... parece que a estas mujeres les decían las Menches. Pero la gente igual siguió tomando. Traían el vino en bote desde Valdivia; a esos botes les decían los caleuches”. Fueron ellas, según nuestros interlocutores, quienes se organizaron para imponer la ley seca en Corral, dado el excesivo consumo de alcohol de sus cónyuges. Y también se organizan para ir en apoyo de los más necesitados. Por ejemplo, en su edición del 6 de noviembre de 1956, *El Correo de Valdivia* informa de las funciones de beneficencia que el Centro de Madres y las dueñas de casa de Corral habían organizado junto al Ccirco Rex (p. 11). Notas como estas se multiplican en los años siguientes.

La empresa constituyó un modelo para la organización del mundo urbano. Aportó no solo dirigentes para las diversas actividades sociales, deportivas y culturales, sino también modelos de organización que las instituciones corralesñas adoptaron. La disciplina de la empresa se incorporó a parte de la sociedad civil. Don Julio Contreras se vanagloria, por ejemplo, de la organización que presentaban las tres compañías de bomberos que en ese tiempo, según él, funcionaban mejor que ahora.

La ciudad puerto de Corral reflejó la civilización industrial. “Llegaban tantos barcos, que toda la gente iba, era una bendición. Si aquí una vez vino un circo, por el 46 vino un circo, que en ninguna parte adonde había ido había habido tanta plata. Estuvo dando tres días gratis, gratis. Pero si aquí, imagínese, que la gente... se llenaba todos los días. En ese tiempo ir a un circo era la cosa, lo más lindo”, recuerda don Jovino Contreras. “Hubo dos teatros”, cuenta don Pascual Antillanca. “Uno estaba donde está el Liceo de Corral, ese lo conocí bien. Yo ahí iba a ver películas, se llamaba el teatro Corso y el otro se llamaba Esmeralda, y estaba abajo donde ahora hay unas maderas de la empresa, estaba más allegado al mar”. Los Corso ya habían trocado la luz por imagen.

Y, al igual que en el mundo de las salitreras, el medio invitaba a la rápida adopción del vestuario y usos urbanos. “Con esa plata —dice don Haroldo Barrientos— me fui a comprar una tela a Valdivia y me mandé a hacer terno y era de más plata. Así que de ahí tenía para los chicos, el Daniel y el Esteban y mi mamá, si yo ya era un tipo casado [...] Era harta plata,

imagínese que el terno me costó doscientos cincuenta, una tela inglesa linda y de ahí seguí yo bien elegante toda la vida, y mis hermanos”. Don Mateo Reilaf recuerda que “antes andábamos con pura chala de cuero, envuelto el pie con un trapo o cuando se iba a trabajar al monte, se iba a pata pelá no más, las chalas quedan enredadas por ahí”. Pero en el tiempo de los AHC, dice, “se ganaba buena plata. Yo me acuerdo que a mí me vestían con zapatos, con un terno cortito”. Y don Heraldito Barrientos cuenta que “todos los años me hacía uno o dos ternos, se andaba de cuello y corbata [...] la mezclilla se usaba en esos tiempos en overoles, era para revolcarse y ensuciarse, por eso yo no uso mezclilla”.

3. EL SUSTRATO RURAL

La usina no se levantó de espaldas a la región. La zona, empero, no fue ajena a inversiones externas. En Chaihuín operó la empresa maderera Cotapos. “Mucho antes de los Altos Hornos acá, pero mucho antes de eso, existió una empresa que se había eliminado hace mucho tiempo, la Cotapos [...] Ahí dicen que Chaihuín fue un pueblo aquí, más grande que Corral, según me contaba mi bisabuelo. La empresa trabajó toda la madera aquí, trabajó el pino, mañío y el lingue. Aquí había mucho lingue antes, la madera del lingue es muy buena. Después, por último, se tropezaron con el alerce arriba y comenzaron a sacar el alerce, también el ulmo”, recuerda don Pascual Antillanca.

Desde la periferia se percibía la usina como una gran maquinaria, representada mediante metáforas propias, tal cual se desprende del testimonio de doña Pradelia Vera:

Aquí se trabajaba día y noche, habían máquinas que corrían en ese tiempo, eran máquinas les decían, no eran cuestiones como ahora que ahora corren vehículos, eran unas máquinas grandes que corrían. Entonces con esas, corrían esas y a veces llevaban gente y a veces no llevaban gente, a veces por casualidad llevaban gente. Pero era una cosa muy bonita el trabajo adentro de la fábrica. Nosotros dentrábamos para adentro, inmensas unas cosas así como aquí toda esta pieza, eran unas cosas como unas ollas, unas ollas y ahí estaba ese fierro, se estaba derritiendo y estaba pasando por otras cosas, como la colá que le decían, una colá, una cosa que iba para allá y ahí iba llegando ese fierro a unas tremendas cosas [...] y entonces ahí la gente, después ese era un fierro que lo hacían esto, que lo hacían a puro carbón, a puro carbón trabajaba la fábrica ahí, a puro carbón le derretían esos fierros. Eran unas mensas fábricas, señora, señorita; unas mensas fábricas eran y unos tremendos tubos que habían para arriba, como tremendos cañones que eran.

La usina movilizaba procesos locales de producción. Los lugareños encontraron en el núcleo civilizatorio un importante mercado de trabajo: la utilización del carbón vegetal como insumo para la producción de acero explica el fuerte vínculo territorial que la industria estableció con su *hinterland*. La dinámica de explotación llevó a la progresiva destrucción del bosque nativo y, por tanto, a la ampliación de su área de influencia: a las tierras de Quitaluto, Chaihuín y Cadillal, se agregaron faenas en Pishuinco y se recibía carbón de Los Molinos, Las Carboneras, Santo Domingo y Las Romazas. “Y esa montaña que había en Quitaluto, arriba allá, esa montaña la quemaron toda haciendo ese fierro, se la terminaron, sí”, recuerda doña Pradelia Vera.

“El horno pedía carga”, sugiere Jovino Contreras, y la carga solo podía ser provista por centenares de hombres premunidos de hachas, animales y fuerza de trabajo. En este tiempo, recuerda don Mateo Reilaf, “era a pura hacha la trozadura”. Estos no eran hijos de la industria, sino más bien allegados que desde su ruralidad exploraban posibilidades de subsistencia a través de las entregas de carbón, leña y pescado a la industria y a la ciudad. “Pude trabajar en Quitaluto porque desde niño sabía hacer carbón”, afirma don José Figueroa.

La estructura ocupacional en la faena daba cuenta de la articulación entre el mundo de la industria y el medio rural en que se sostenía. Los oficios que acogían a los habitantes rurales eran los de, en el caso de los hombres y los niños, carbonero, fajador, leñero, campero, caballerizo y boyerizo; y para las mujeres y niños, los de vianderos, cocineras y costureras de saco (actividades estas que estaban más directamente ligadas a la planta). Claro está que, como recuerda don Baltasar Triviño, “el carbonero y el leñero ganaban menos plata que los demás obreros”.

El expansivo mundo industrial se infiltraba en el mundo rural estableciendo formas de intercambio que permitían, por una parte, su propio crecimiento; y por la otra, la reproducción del sector del que se abastecía. Los procesos informales, incluyendo intercambios invisibles, jugaron un rol central en la permanencia del modo de vida local. Don Pascual Antillanca refiere una anécdota que da cuenta de estos intercambios. Cuenta que, en cierta ocasión, sus compañeros le pidieron que echara unos cinco o diez sacos de carbón al bote. “De ahí vi que eran para el cambalache: los gallos les daban carbón a las señoras y las señoras venían y se los cambiaban por esas chuicas de 18 litros de chicha”. El trueque, al menos entre Quitaluto y Chaihuín, según don Pascual Antillanca, era asunto cotidiano.

A diferencia de lo que ocurría en la planta, y con algunas excepciones, el pago de los trabajadores en las faenas era a trato. “Algunos tenían contrato, porque había unos gallos que le pegaban a eso de la política, algo así, cosa de leyes. Esos tenían contrato”, afirma don Mateo Reilaf. “Se pagaba por metro de leña o carbón. Antes no había feriado ni descanso para el tratero”, afirma don José Segundo Baeza. En el entorno rural, el trabajo era controlado por mayordomos, los que a su vez eran supervisados por los jefes de faena y por los administradores: “los mayordomos vigilaban a los leñeros” (Juan Oyarzo).

Los mayordomos eran los verdaderos intermediarios entre las faenas rurales y la actividad de la usina. Aparte de vigilar, debían registrar la producción de los leñeros y de las cuadrillas de carboneros. Eran los traductores y escribas de la empresa, “andaban con libreta y tenían que entregar todo cuadrado a los contadores para pasarlo a los libros” (Jorge Slater). Pero también “éramos la carne de perro en los cerros”, explica don Jorge Slater, quien recuerda cabalgatas diarias de dos horas en invierno.

La empresa también producía algunos de sus insumos. En Cadillal criaba animales (bueyes, caballos y vacas). Los caballos eran esenciales para el trabajo del monte. “Había caballo del jefe, caballo del contador, todo se hacía a caballo, arriba y abajo, además del caballo propio, para el domingo”, sonríe don Jorge Slater. También se producía queso, mantequilla y leche. “Ahí había quinientas vacas en ese tiempo, había como setecientos con bueyes y todo. Había que apartarlos del potrero y de ahí sacaban la leche, hacían el queso y lo llevaban en caballo para fuera, para la fábrica, para la gente [...] Ahí se cosechaba el pasto para las vacas y ahí le daban en invierno a los animales; cortábamos nosotros con unas guadañas y otro iba amontonando con las horquetas” (Mateo Reilaf).⁴

El bullente medio urbano demandaba bienes que los costeros producían. Los AHC empleaban 560 personas diarias por turno y en la bahía 150 hombres al día se movilizaban en torno a la faena portuaria, amén de quienes trabajan en los barcos y embarcaciones menores. “Corral era una ciudad floreciente, porque había mucho comercio. Cuando pagaban en los Hornos venía cualquier gente a vender cosas a la calle, porque la calle era como una feria. La gente ganaba cualquier plata. No había pobreza, pero sí mucho desparramo [...] se tomaban la plata y había cabaret y ahí se iban, donde cantaban bonito”, recuerda doña Norma González.

⁴ Corfo conservó la propiedad del fundo Quitiluto tras el cierre de la faena, y designó administradores para la engorda de ganado, la confección de durmientes, y reforestación (*El Correo de Valdivia*, 17 de noviembre de 1960:9).

“Nosotros íbamos con mariscos de aquí, porque nosotros siempre hemos mariscado. Yo llevaba por lo menos diez, veinte sartas de mariscos [...] la gente compraba como pan caliente y si íbamos para La Aguada igual... Y acá arriba en Quitaluto, igual”, asegura doña Pradelia Vera, de Huape.⁵ “La gente de campo surtía de leña y carbón. Traían ulmo, mañío, oregón, luma, tepa. Se necesitaba veinte metros al año”, recuerda don Freddy Buttovich. Y agrega: “Traían cordero de la costa para diciembre y chivos para el año nuevo”.

Entretanto, la legitimidad de la empresa era tal que los vales de sus pulperías llegaron a cumplir funciones de dinero en el comercio local. “Hasta las carnicerías aceptaban vales de la empresa. Las carnicerías Toledo, Adolfo Núñez, Rebello, Hidalgo, todas estas aceptaban vales. Había ferreterías que también recibían vales de la empresa, porque la empresa nunca se atrasaba en pagar” (Pascual Antillanca).

La filosofía del mundo rural no se basaba en la ganancia. Desde la perspectiva de sus residentes, la llegada de los AHC había sido una bendición. “Claro, había plata, era una bendición de Dios”, recuerda doña Pradelia Vera. A los indicadores de rendimiento y premios por productividad, a la dimensión misma del dinero y al contradictorio concepto de disciplina que separaba el espacio del trabajo del espacio de la vida social, los habitantes locales contraponían su propia lógica fundada más bien en el reconocimiento de las fuerzas superiores que operan en el mundo. Así, mientras la empresa “nos pagaba más plata por la cantidad de fierro que salía” (Pascual Antillanca), cuando a don Juan Díaz le llega un paciente, él se dice: “¡Qué le voy a cobrar! Esta es una obra que yo hago, es un auxilio que uno le presta al otro”. La base de esta filosofía pareciera estar fundada en la pesca más que en la agricultura. Así queda testimoniado en la forma como don Juan Díaz describe la pesca:

Yo encuentro que el mar hay que saberlo hacer. En la pesca el que es perito anda bien. Según la suerte que tenga también, porque hay mala suerte también; porque cuando uno cultiva, después va a cosechar no más. Por eso es que se necesita de una pesca, por eso se llama la pesca milagrosa. Hablemos porque mi Dios dejó en la tierra la palabra milagrosa. Yo lo digo porque trabajé más de treinta años en la pesca. La pesca milagrosa es según la suerte que tenga uno. Si uno cultivara eso, diría ‘Claro, yo lo cultivé’. Pero uno no cultiva eso. Hay alguien que lo cultiva. Parece que es un milagro todo lo que en el mar existe.

⁵ “En la sarta se pone [un marisco] detrás de otro [...] es una tira de planta nativa de aquí, que se llama ñocha. Esa se saca y se golpea y queda firme. Incluso se hacían cordeles con eso, ahí se ensartaban los locos” (Pascual Antillanca).

Sin embargo, la pesca y los pescadores eran discriminados por los corraleños del mundo industrial. “En Corral había y todavía queda gente pesada”, asegura una de nuestras interlocutoras, “que molestan y creen que las hijas de los pescadores andan hediondas a pescado y que comen eso todos los días [...] La escuela de Corral fue mala con la gente de Amargos. Las llamaban los ‘raspapiedras’, los ‘comeluche’, o ‘las hediondas a pescado’ [...] Hasta el día de hoy hay diferencias entre los hijos de pescador y de embarcadero”. Y termina señalando que “uno quiere lo que tiene porque sabe de esfuerzo. La gente de Corral es muy materialista”.

Más que sufrir una transformación radical por la presencia y posterior cierre de la empresa, el sector rural pasó por distintos procesos. “La vida en Huape”, por ejemplo, “siempre fue igual, pero había más pega de lo que hay ahora” (José Baeza). Indudablemente que el universo comenzó a poblarse de nuevos objetos: “Antes todo era completamente nativo, no se conocía el clavo, no tenían alambre, ni nada. Cuando llegó la empresa comenzamos a usar fierros, conocimos también las botas de agua” (Pascual Antillanca). De la misma manera, como recuerda doña Lucila Leal, “aprendieron a usar los fierros para la fabricación de estufas”. Pero ni el estilo de vida ni su filosofía parecieron trastocar su sentido. Así a lo menos sugieren algunos de nuestros interlocutores. “Yo creo que esto es lo mismo, con o sin los Altos Hornos [...] Cuando Altos Hornos trabajó, de Cadillal para allá no más, esto por aquí [Chaihuín] era puro pescador y contaíto [pocos]”, afirma don Mateo Reilaf. Doña Elena Barría, quien aprendió a hacer carbón en Osorno y lo siguió haciendo en los AHC, asegura que estos “no me enseñaron nada”. Más bien se trata de la base rural de la producción industrial que, al cierre de la empresa, acogerá a aquellos que no se afincaron en el nicho urbano.

Con los AHC, el sector rural reorientó su producción. “La gente nativa de aquí vivía de la pura pesca, del pescado, del marisco y del poquito que sembraban. Las tierras aquí son tan productivas, sobre todo en la papa, que se tenía para todo el año [...] Con los Altos Hornos lo que cambió un poco fue que los que trabajaban la pesca tenían la posibilidad de vender su pescado en Corral, porque antes no había dónde vender el pescado” (Pascual Antillanca). Después del cierre hubo otros trabajos. “Un poquito”, dice doña Pradelia Vera, “ahí en la mar, en la bahía y así se está manteniendo, sobreviviendo la gente, porque no ves que ahí ahora sacan la macha, sacan cualquier cosa y con eso se pasan su vida, afirmándose como pueden. Si Corral es un pueblo pobre ahora, no es un pueblo que va a decir uno el pueblo de Corral es un gran pueblo. No... pobre”.

Desde Chaihuín hacia el sur se concentraba y concentra la población mapuche. “Allí se jugaba chueca”, recuerda don José Baeza. Chaihuín “significa tierra de encuentro o lugar de reunión. El bisabuelo contaba que cuando habían encuentros en Chaihuín, bajaban caciques de todos lados; por ejemplo, el Calfullapán dominaba de aquí hasta la misma barra del Río Bueno”, recuerda don Pascual Antillanca, y luego evoca las casas del pueblo en que creció: “No eran casas, eran rucas [...] el techo de las rucas era de chupón [...] Ellos sabían hacer sus construcciones, que en el fondo eran una choza con los tingles que eran de palos parados. Arreglaban tablonces con hachas [...] era una choza total, porque por fuera les ponían ramas tupidas que les llamaban el tefi [...] no pasaba el viento para dentro y el techo era de paja de chupón y algunas también les ponían ratoneras, totora”. Don Pascual Antillanca se autoidentifica como fundador de Chaihuín, localidad de la que conoce toda su historia.⁶ “Yo le converso eso por haber conversado con mi bisabuelo, que murió de 120 años”, dice.

4. CONVERSIONES Y RECONVERSIONES

Se trata en principio de saber qué ocurrió con los obreros y trabajadores de una empresa descomunal cuando esta se trasladó desde Corral a Huachipato. Este fue el comienzo de una agonía que incluyó la modernización de la industria siderúrgica en Chile, el cierre de la planta en 1958 y su desmantelamiento definitivo. El proceso modernizador comenzó con la reorganización de la empresa, adquirida a Esval por la Compañía de Acero del Pacífico (CAP). “Hoy, gracias al aporte y a la inteligente administración de la CAP, esta usina se alza poderosa y su futuro es promisorio”, destacaba *El Correo de Valdivia* (12 de febrero de 1952, p. 106). En la exposición del vicepresidente ejecutivo de la Corporación de Fomento, señor Julio Ruiz Bourgeois, ante el Consejo de la Institución, el 28 de noviembre de 1951, se reseñaban los objetivos del período. El Estado se comprometía a gestionar un crédito de diez mil millones de dólares con el objeto de aumentar la producción de la empresa en cerca de un 50 por ciento, con una reducción de costos y de la planta de Corral en un 40 por ciento (*El Correo de Valdivia*, 12 de febrero de 1952, p. 106). Fue, justamente, esta reducción la que finalmente se tradujo en el cierre de la planta de Corral, anunciado con “una sirena triste que todos lloraban”, recuerda doña Lucila Leal.

⁶ Actualmente prepara una historia de Chaihuín.

Los obreros percibían la amenaza que la modernización entrañaba. Después de 1950, “se empezó a mecanizar la industria y quedaron 430 obreros [de los 1.500] y se producía el doble. Cada máquina le cortaba la cabeza a cincuenta, sesenta obreros”, asegura don Haroldo Barrientos. La máquina moldeadora incorporada a la producción, por ejemplo, eliminó “a treinta o más personas altiro”, recuerda don Pascual Antillanca, y prosigue: “Yo creo que si hay mucha cesantía es también gracias a la modernización, a la tecnología”. Don Juan Contreras describe el proceso con mayor detalle:

En ese tiempo, cuando paralizó esto, el año 1958, ya quedaban algo como 600, 400 personas; los últimos desahucios, porque íbamos saliendo de a poco. Así como se iba mecanizando los Altos Hornos [...] iban desahuciando el personal. Así me tocó a mí, me tocó la faena donde trabajaba yo, lo mecanizaron y ya quedé sin trabajo, así que me fui. Después que pararon las faenas arriba, también ya no funcionó esa sección que había del carbón; ya trabajaban con puro carbón coque que lo traían de afuera [...] En esa salieron más de 150 obreros, altiro desahuciados; si eran, trabajaban con carretillas a pulso no más, y el ascensor ahí, ese subía las carretillas y las vaciaba arriba al horno. Ahí todo ese personal salió, porque después llegaron y hicieron un carro, una línea que subía así como ascensor y llegaba arriba donde estaba la boca del horno. Había una vuelta así, llegaba y se vaciaba solo; de ahí volvía para atrás, y eso era rápido, era eléctrico, así que toda esa gente —parece que eran algo 25 que trabajaban en las carretillas, arriba en el horno—, todos esos salieron y los otros que tiraban de los casilleros al ascensor, eran como 100, esos, así que salieron hartos ahí.

El proceso modernizador también restringió la movilidad de los obreros más especializados, cuyas destrezas eran reemplazadas por la maquinaria moderna. Don Pascual Antillanca señala que no le convenía irse a Huachipato, “porque sabíamos que ahí íbamos a entrar en otras pegas, porque ya no existía el famoso moldaje que se hacía en la arena”. “Cuando se cerró”, recuerda don Jacinto Burgos, “quedó pelado ahí, vino la cesantía y el desparramo. Algunos, los que sabían de mecánica, así, habían pegas [...] pero no para esos que sacaban el fierro con una tenaza a la salidita no más y lo cambiaban más allá, y allá había otro”.

Al final Corral se volvió a la pesca, asegura don Sergio Campos. “Cuando la usina cerró”, coincide en señalar doña Norma Aguilar, “la gente joven se fue para otros lados y los mayores se quedaron siendo pescadores”. Sin embargo, hay reflexiones importantes en términos de reconocer en el remanente de la población tanto los ejes civilizadores del medio rural, como los procesos de ‘vernacularización’ que se producen.

De las conversiones y reconversiones cabe concluir que ellas no son sino la profundización de tendencias que ya estaban establecidas en el medio expuesto al cambio. No puede, eso sí, obviarse la descapitalización que la migración del capital supone. Técnicos y profesionales abandonaron la plaza junto a la industria. “Cuando abrieron Huachipato se empezaron a llevar a algunos para allá, sobre todo a los especialistas, a los jóvenes y a los más responsables”, señala don Pascual Antillanca. Lo que estos migrantes pudieron haber recibido de la comunidad se desvaneció como la efervescencia del puerto. “A los maestros no más llevó”, dice don Juan Díaz, “a los más peritos, a los más honrados para el trabajo, y el resto todo quedó por ahí dando vueltas”.

Cuenta don Jovino Contreras que “cuando me pagaron el desahucio [...] quise quedarme. Entonces me acordé al tiro de la profesión que sabía [...] No me quise ir, pues, no quise irme a Huachipato, porque si hubiera ido a Huachipato, mi trabajo hubiera sido de gasista. Como yo cuando llegué aquí, le conté que trabajé en una panadería, entonces dije yo, ¿por qué no me instalo una panadería? Así que tengo una panadería aquí”.

A los que permanecieron se les presentaron distintas alternativas:

- Transferir sus capacidades entre los distintos subsectores del medio industrial en que se desenvuelven (electricistas que se especializan en motores; obreros convertidos en tripulantes).
- Capitalizar el prestigio social adquirido para el desempeño de papeles políticos o de representación de empresas foráneas.
- Canalizar sus aprendizajes hacia nichos de la vida urbana, especialmente en el comercio (los concesionarios y empleados de pulperías, por ejemplo), el transporte (los propietarios de bueyes) y los servicios (los empleados que se integran al gobierno local).
- Especular con los remanentes materiales de la empresa (fierros, viviendas, etc.) para capitalización personal.
- Reorientar la actividad productiva hacia la agricultura de subsistencia y pesca, aprovechando vínculos de parentesco establecidos con la comunidad local.

En los cuatro primeros casos se advierte la contribución de los obreros y empleados de los AHC a la consolidación de una cultura urbana cuyo centro se radicó en la ciudad misma de Corral. Sin embargo, un contingente importante de quienes permanecieron en la localidad se

volcó a los sectores de producción rural, habituándose a un modo de vida fundado en las prácticas locales de subsistencia, en cuyo caso hablamos de ‘vernacularización’. “Los que se quedaron, se quedaron porque se casaron con gente de acá [...] Algunos se dedicaron a la pesca... si cuando las cosas faltan hay que hacerle a todo. Algunos compraron lanchas, embarcaciones y trabajaron con su gente. Igual tuvieron que aprender a llevar sus casas en forma”, afirma doña Norma González, quien llegó desde Valdivia.

La mujer jugó un importante papel en este sentido: “Las mujeres iban a negociar arriba, y si se enganchaban con alguno, se lo traían para acá”, recuerda don José Segundo Baeza, de Huape. Es interesante subrayar que la palabra ‘enganche’ es empleada aquí en un segundo sentido, el de comprometer un marido, tal como, en lo productivo, la empresa engancha a sus trabajadores. “Muchos de los que llegaron de afuera se casaron con los nativos de acá”, cuenta doña Norma, “y a los hijos les enseñaban de todo un poco”. “La gente de la costa se casaron bien”, prosigue, “mujeres de mucho trabajo estas costeñas”.

El carácter incompleto de los procesos de industrialización, tal como se revela en el caso de Corral, no solo no extinguió el mundo rural en el que operó, sino que estimuló nuevas formas de reproducción de lo rural. “Yo a los catorce años trabajé en los Altos Hornos; apenas me podía la leña. Estuve casi cinco años en Quitaluto. Hoy día pesco y tengo animales y una huertita para comer nosotros”, señala don Mateo Reilaf, quien conoció a su mujer —ella venía de Pelchuquín— en las cocinerías de los AHC. El testimonio da cuenta de un resurgimiento de la pesca y de la agricultura tras el cierre de los hornos, mientras el período inmediatamente anterior fue dominado por la leñería y el carboneo. Así, pues, el éxodo industrial supone reconversiones no solo para sus obreros sino, además, para su *hinterland*.

Sin embargo, los procesos así vividos tienen límites. Don Juan Contreras recuerda que “después la gente, la misma que iba saliendo desahuciada de aquí, compraba casa en Corral; había gente que ya no estaba interesada en vivir en Corral, vendían sus casas y las compraban los mismos aquí que se quedaban, y ahí instalaban un negocio”. Pero, al final, no es posible vender a vendedores. “Ahora es pobre Corral, hay pobreza; estos negocios se venden unos a otros”, dice doña Norma González.

Las conversiones exitosas, según se desprende de este estudio, fueron aquellas fundadas en los vínculos urbano-rurales dejados como herencia por la empresa. El ejemplo de la política es interesante en este sentido. Nuestros interlocutores reconocen a los AHC como una importante escuela de formación sindical. El trabajo del dirigente supuso vínculos importantes con la

empresa y con los parlamentarios, vínculos que permitían resolver conflictos y satisfacer las demandas laborales.

“Francisco Stamp, que fue presidente del sindicato”, recuerda doña Norma González, “fue después tres veces alcalde de Corral, pero yo diría que era político y lo que aprendió en la empresa le sirvió mucho, fue un gran hombre. La política la dejó de lado, a nadie le inculcaba lo suyo como una religión”.

Al desaparecer la empresa, este aprendizaje se proyectó en las relaciones con el municipio, ahora liderado por un ex dirigente sindical, y con el gobierno regional y las representaciones parlamentarias. Las pensiones de gracia otorgadas a las “viudas del maremoto” son expresión de este aprendizaje. A decir de don Francisco Stamp: “Cuando Jorge Alessandri visita la zona después del maremoto, le preguntan desesperadas las mujeres que han perdido sus maridos: ‘¿Qué vamos a hacer ahora?’ El Presidente les contesta: ‘Cásense de nuevo, pues’ “. De ahí surgió la iniciativa de generar una ley para proteger a las mujeres así desamparadas. Inés Henríquez y Salvador Allende tendrían la responsabilidad de llevar el proyecto al Parlamento y convertirlo en ley de la república.

La utilización de caminos y sistemas de transportes organizados en torno de la faena fue otro de los medios por los que la reconversión cobró eficiencia histórica. Y hasta la demolición de los AHC, demandaba la fuerza de sus ex trabajadores.

A la crisis de Corral concurrieron diversos acontecimientos que transformaron la activa ciudad en un pueblo pobre, según lo describen sus actuales residentes. El cierre de los AHC fue crucial, pero también lo fueron el éxodo y fin de las compañías balleneras, el maremoto de 1960, el fin de las empresas conserveras, la reorientación de la economía nacional en 1974 y los costos crecientes que el puerto enfrentó para operar en forma competitiva con otras plazas del país. El 14 de agosto de 1963, *El Correo de Valdivia* informaba del interés que había por el desmantelamiento de la ex planta Altos Hornos. Los trabajos de desguace consisten, explica el diario, “en desmantelar, demoler, extraer, limpiar y trasladar los materiales y maquinarias hasta dejar completamente limpios los terrenos, salvo dos edificios de concreto, que demorarán ocho meses, dando trabajo a más de cien obreros, contratados exclusivamente entre los elementos cesantes en este pueblo”. Sin embargo, para don Haroldo Barrientos, “el desguace fue el asesinato de la industria”. Con ello desaparecía el testimonio material de los AHC, borrándose así de la memoria colectiva, tal cual nos lo sugiere el actual director del Liceo de Corral, don Adolfo Varela.

“Anduve como tres años afuera, después volví y cuando llegué aquí todavía estaban los escombros de los Altos Hornos y de ahí vino una empresa a demoler los Altos Hornos. Eso fue el año, yo me fui el 62 y volví el 65 [...] Vino una empresa de Santiago que remató todos los fierros aquí; entonces, de ese fierro salía todo de aquí, como era todo fierro, las construcciones eran todo fierro, eso lo cortaban con oxígeno, lo llevaban a Santiago, allá lo fundían. Trabajamos como tres años en el desarme”, recuerda don Juan Contreras.

Tras las reconversiones hubo importantes conversiones: de aquellos que se mudaron del credo rural al urbano y también de aquellos que lo hicieron a la inversa. Don Pascual Antillanca da testimonio de lo primero. “Aquí, como el nativo tenía sus costumbres... yo no pues, yo he ido cambiando [...] Imagínese, yo después de haber vivido en una ruca, la casita que tengo”. Don Pascual es propietario de una confortable casa con una envidiable vista al mar, que sirve, a la vez, de hospedaje turístico. “Uno tiene que aprender”, dice. Sin embargo, don Pascual no es profeta que reniegue de sus raíces. Resiente el no haber aprendido el idioma de sus antepasados. “Ahí me caí un poco”, dice; “yo debería haber aprendido el idioma, porque imagínese usted que si se encuentra con alguien y no entiende”. También don Sergio Campos reafirma su adscripción al medio industrial, que lo vio desplazarse de ayudante de laboratorio químico hasta empleado de la administración, proceso que le permitió aprender a escribir a máquina y, por años a partir de 1956, ser corresponsal de *El Correo de Valdivia*.

Otros, en cambio, disienten del credo industrial. Es el caso de doña Norma Aguilar, quien llegó desde Valdivia hace más de treinta años, acompañando a su padre y hermanos, que trabajaban en la usina. Ella misma se hizo viandera, a la edad de doce o trece años. Su dinero lo usaba para comprarse cosas e ir al cine, donde conoció a su marido, un pescador de Amargos. Tras el cierre de la industria aprendió costura y actualmente se dedica a la pequeña agricultura, orgullosa del pueblo de Amargos que la acogió hasta el día de hoy, y a cuya comunidad encuentra más generosa y menos materialista que la de Corral.

Una marca en un árbol, visible desde el comedor de su hospedería en San Carlos, resulta especialmente sintomática de la relación que don Jorge Slater ha tenido con la modernidad. Se trata, según explica, del punto centro, la señal inequívoca del eje de la futura Carretera de la Costa, cuyo trazado echa por tierra lo que él ha trabajado desde 1960 hasta la fecha. Por una parte, descendiente de un contador inglés, gerente de la Ballenera de San Carlos; de la otra, bisnieto de una antigua familia corraleña (Leal) que en 1860 compró al Fisco, en el marco de la colonización promovida por don Vicente Pérez Rosales, los terrenos en una de cuyas

subdivisiones hoy habita. Su vínculo inicial con los AHC fue la producción de carbón. Pero lo que puede entenderse como indisciplina lo llevó a alejarse —antes de que lo alejaran— de la faena en Quitaluto. En adelante, don Jorge se mantuvo como un irreductible trabajador por cuenta propia. Reconoce que cuando algo no le gusta, “se va no más”. Asentado en su medio rural, sigue disputando sus derechos con el mundo urbano, con la Forestal Bosque que ha cortado sus esteros y con el Ministerio de Obras Públicas que, con la Carretera de la Costa, amenaza su propiedad.

5. CONCLUSIONES

Los AHC representan no solo una experiencia industrial inconclusa sino, además, una empresa que se debió a intereses y decisiones ajenas al medio local. Su instalación en Corral representó uno de los principales pilares de un abortado proyecto modernizador. No obsta lo anterior que a través suyo culturas de diverso origen se hayan encontrado y que, en ese encuentro, hubiesen de transformarse, redefiniendo sus diferencias. Estos procesos revelan que: primero, los proyectos modernizadores están de continuo sujetos a su reinterpretación y manipulación por parte de las poblaciones locales; segundo, que el contacto entre mundos culturales lleva inevitablemente a la transformación, pero no necesariamente a la homogeneización de las culturas; y, tercero, que los procesos de reconversión se corresponden con los nichos recíprocos ocupados por los distintos actores en el período que precede al cambio.

Queda por esclarecer la forma como estos procesos se van anidando en el imaginario contemporáneo de la comunidad local. ¿Se conserva el recuerdo de los AHC como una memoria eficiente en el Corral contemporáneo? ¿Cuáles son las vertientes sociales a través de las que se transmite este imaginario? ¿Constituye este recuerdo una fuente identitaria o, por el contrario, se convierte en obstáculo para el protagonismo de la comunidad local en la definición de sus propios objetivos? El contestar estas preguntas a partir de este caso particular permite esclarecer la relación que se da entre los componentes activos del imaginario colectivo y su articulación con los procesos sociales a través de los que las comunidades asimilan los proyectos modernizadores a que se enfrentan.

BIBLIOGRAFÍA

- Almonacid, F. 1998. *Valdivia, 1870-1935. Imágenes e historia*. 2ª Edición. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Boccará, G., 2000. "Antropología diacrónica. Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político". En: Guillaume Boccará y Sylvia Galindo, eds. *Lógica mestiza en América*. Temuco: Instituto de Estudios Indígenas.
- Echeñique, A. y C. Rodríguez. 1990. *Historia de la Compañía del Pacífico S.A.* Santiago: CAP.
- Gómez de Benito, J. 1994. "Cultura tradicional y desarrollo: el aporte de Pierre Bordieu a la comprensión de las culturas tradicionales". *Persona y sociedad*, VIII, 1-2: 195-210.
- Grint, K. 1991. *The Sociology of Work. An Introduction*. Cambridge: Polity Press.
- Gutman, H. G. 1988. "Work, culture and society in industrializing America, 1815-1919". Robert E. Pahl, ed. *On Work. Historical, comparative and theoretical approaches*. Pp. 125-137. Oxford: Basil Blackwell.
- Hobsbawm, E. J. 1969. *Industry and the Empire*. Harmondsworth: Pelican.
- Millán Urzúa, A. 1999. *Historia de la minería del hierro en Chile*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Pratt, M. L. 1992. *Imperial Eyes: Travel writing and transculturation*. London: Routledge.
- Sahlins, M. 1999. "What is anthropological enlightenment? Some lessons of the Twentieth Century". *Annual Review of Anthropology* 28: i-xxiii.
- Salazar, G. y J. Pinto. 1999. *Historia contemporánea de Chile*. 2 vols. Santiago: LOM.
- Skewes, J. C. 1999. "Metáforas en entredicho: la comunidad de Amargos y los emisarios del progreso". *Cinta de Moebio* 5 (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile). Reproducido en *Revista de Ciencias Humanas* (Temuco) 2, 2: 10-20.
- Subiabre, A., C. Varela y M. E. Gómez. 1977. *Análisis geográfico de Corral*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Thompson, E. P. 1967. "Time, work-discipline, and industrial capitalism". *Past and Present*, 38: 56-97.
- Wolf, E. R. 1982. *Europe and the People without History*. Los Angeles/Berkeley: University of California Press.
- . 1990. "Distinguished lecture: Facing power. Old insights, new questions". *American Anthropologist* 92: 586-96.